

te habitacion para llamar á las criadas, y volviendo á poco con un vaso de agua y un frasquillo con esencias.

Derrepente, Isidoro, en un movimiento de la j6ven desmayada que le permitió ver su rostro, lanzó un grito de sorpresa, como si aquella fisonomía desfigurada por la desgracia y la miseria se hubiese presentado otros dias á su vista con las suaves tintas de la inocencia y la pureza, como si aquel rostro pálido por un dolor hondo é inmenso, se hubiese retratado en su alma como un remordimiento.

Fué tan marcada la emoci6n de Isidoro, que Eulalia volvió lentamente la cabeza hácia él. Pero el j6ven habia tenido tiempo, sin embargo, para recobrar su impassibilidad.

Amparo, á quien el lector habrá conocido, empezó á volver lentamente en sí. Eulalia la dejó entregada á los cuidados de las criadas y se volvió al salon diciendo con sorpresa:

—Pero qué habrá sucedido á esa j6ven?

—¿Quién sabe? respondió Isidoro perfectamente tranquilo.

Esta ha sido la parte dramática del baile. Y se alejó cantando:

“O bell'alma innamorata  
Ne congiunga il nume in ciel.”

## X.

## ROMAN,

La tarde que siguió á las escenas referidas, Isidoro al volver á su casa que era una elegante habitacion de la calle de Santa Clara, fué detenido por su criado que le anunció que hacia una hora le esperaba un j6ven.

—Pero imbécil, ¿para qué le has dejado entrar? dijo Isidoro impacientado por aquella visita importuna que le iba á robar algun tiempo del sueño á que iba á entregarse, para recuperar la desvelada de la noche anterior.

—Le he dicho que su merced no estaba en casa y que tardaria mucho en volver; pero él ha dicho que le esperaria hasta que llegase, respondió el criado.

—¿Es acaso algun amigo mio?

—No recuerdo haberle visto nunca en la casa.

—¿Y dónde está ahora?

—Le he hecho entrar en la antesala.

—Algun importuno que viene á pedirme dinero, murmuró Isidoro dirigiéndose á sus habitaciones que formaban el ala izquierda de la casa que habitaba en union de su madre, que era

una anciana que no sabia mas que rezar y que amaba á su hijo con idolatría.

Isidoro se halló en frente de Roman. Aquella frente ancha y severa, aquella mirada profundamente pensadora, aquel sencillo y grave traje negro, llamaron la atencion de Isidoro. Al verle entrar, el jóven se habia puesto de pié, saludándole con una fria cortesía.

—¿Podría yo saber á qué debo la honra de ver á vd. en mi casa con tanto empeño? preguntó Isidoro algo impacientado.

Roman lanzó una mirada orgullosa de profundo desprecio á elegante.

—No es un mendigo, pensó éste.

—¿Estamos solos? preguntó al cabo de un momento Roman.

—Perfectamente solos; pero si no fuera indiscrecion, me atreveria yo á preguntar á vd., ¿para qué es tanta precaucion y tanto misterio? dijo Isidoro.

—Puede ser que no agradase á vd. mucho que alguno escuchase lo que voy á decirle, dijo Roman con un acento particular.

—Entonces, pasemos á mi cuarto.

Roman se inclinó y siguió sin proferir una palabra al jóven.

Su aposento, bastante aislado y enteramente independiente del resto de la casa, era estenso y decorado con un lujo que revelaba desde luego sus instintos.

Muebles elegantes, magnífica alfombra, dos espejos suntuosos, cuadros comprados en casa de Michaud, representando "Las bailarinas de la Porte-Saint-Martin," "Une nuit de carnaval," "Une promenade dans le bois de Boulogne" y "La juventud de Jean Jacques Rousseau."

Todo esto contempló Roman con una rápida mirada.

—¿Está vd. satisfecho ahora? preguntó Isidoro invitando á sentarse al jóven despues de haber cerrado tras de sí la puerta.

—No es mucho lo que tenemos que hablar, por fortuna, dijo Roman permaneciendo de pié; vengo solamente á hacer á vd. una pregunta, una súplica mas bien, á exigir asimismo una reparacion.

—No comprendo, caballero, lo que está vd. diciendo, dijo Isi-

doro con altanería, y le suplico tenga la bondad de explicarse un poco mas.

—Pronto lo va vd. á comprender.

—Ya espero.

—¿Se acuerda vd. de Amparo?.....

Fué tan brusca la pregunta, que Isidoro, á pesar de su completa indeferencia y de su impassibilidad, no pudo menos de estremecerse y ponerse un poco pálido.

—¿Por qué me hace vd. y con qué derecho, esa pregunta tan estraña? preguntó al cabo de un rato de silencio, recobrada ya su calma.

—¿Tan estraña le es á vd., caballero, una cosa en que debiera estar pensando continuamente? dijo Roman clavando sus ojos en los de Isidoro que no pudo menos de bajarlos al sentir el magnetismo de aquella mirada penetrante, sombría, acusadora como la voz de la conciencia.

—¿Me pregunta vd. que si me acuerdo de Amparo?

—Sí, de Amparo.

—¿Pues está bien! me acuerdo, ¿y qué hay en ello?

—Puesto que se acuerda vd. de esa pobre jóven, se acordará también que hace cuatro años, era pura, inocente y casta como un niño; recordará vd. asimismo que una noche, valiéndose de un narcótico y ayudado por una mujer malvada, penetró un hombre infame en su aposento, para arrancarle el honor y marchitar la flor de su pureza.

—¿Caballero!

—¿Silencio, jóven! no me obligue vd. á revelar el nombre de ese infame.

—¿Viene vd. como acusador? ¿cree vd. amedrentarme con amenazas? Pues se engaña, porque voy á hacerle arrojar por mis criados, dijo Isidoro lanzándose á la puerta para llamar.

Pero Roman se interpuso entre él y la puerta, y tomándole por un brazo, lo empujó con violencia obligándole á sentarse en el sofá. Isidoro se levantó con el rostro purpúreo de cólera, con los ojos chispeantes de furor, y tomando una pistola que estaba sobre un bureau, se precipitó sobre Roman. Pero éste, sin muestra ninguna de cólera, sacó del bolsillo de su levita una pis-

tola, y apuntando al furioso jóven, le dijo con un acento tranquilo y sereno.

—Si da vd. un paso adelante, si hace un movimiento, le tieno muerto á mis piés.

Isidoro se quedó inmóvil, pasado el primer ímpetu de su enojo.

—Vamos, guarde vd. esa pistola; antes de llegar á ese estrecho tenemos aún algo que hablar, continuó Roman depositando su arma sobre una mesa.

Isidoro dejó caer la pistola, dió dos ó tres paseos por el cuarto sin hablar una palabra como si estuviese solo y dejándose caer sobre el sofá y lanzando una mirada terrible á Roman, le dijo:

—Pues bien, hablemos ya que vd. se empeña; pero le suplico que no sea muy larga la conversacion, porque despues de ella, tenemos que arreglarnos para la reparacion del ultraje que acaba vd. de hacerme en mi propia casa.

—No; yo no he venido como acusador, dijo Roman con dulce acento; yo he venido á suplicar, yo he venido á hacer una pregunta cuya respuesta es la vida y la felicidad de una persona, y solo la violencia y la precipitacion de vd., son las que me han obligado á estrujarle para evitar un escándalo en esta casa.

—Está bien; pero ¿qué diablos quiere vd? exclamó Isidoro cólerico.

—Yo no vengo á exigir de vd. una satisfaccion sobre el crimen con que manchó hace cuatro años á esa desdichada jóven Amparo, envolviéndola para siempre en el infortunio y la desesperacion, no; porque eso á nada conduciria, porque esa afrenta solo se podría lavar con un matrimonio imposible por mil circunstancias, yo no soy un aventurero que conoedor de esa falta de su juventud, vengo á hacer comprar mi silencio, yo vengo á suplicar á vd., á decirle:—“Jóven, si en su corazon de vd. hay un gérmen de virtud y nobleza, si aún conserva un resto de compasion para una desdicha en que ha tenido tanta parte, si quiere vd. reparar su criminal extravío, dígame en qué sitio se encuentra su hija, la pobre niña fruto de esa violacion, no anhele otra cosa que volver su hija á la madre á quien veo ir lan-

guideciendo dia á dia, porque falta á su existencia la sávia del amor filial.

Dígame vd. ¡por Dios! en qué parte la malvada mujer que fué causa de todo, ha ocultado á la niña.... yo iré á tomarla, la colocaré entre los brazos de su madre, en vez de ser una prostituta, será una jóven virtuosa y honrada, Amparo volverá á ser feliz y perdonará la falta por la restitution. Tres séres agradecerán á vd. la felicidad que disfrutan y Dios escuchará sus súplicas y hará feliz y dichosa su existencia.

Roman, al proferir estas palabras, estaba pálido por la emocion, trémulo por la ansiedad.

—¡Ah! ya comprendo, vd., de acuerdo con esa jóven Amparo, quiere apoderarse de la niña para valerse de ella como un instrumento, quieren tener una prueba palpitante de un extravío de mi juventud para especular conmigo y arrancarme dinero, amenazándome con una revelacion.

—¡Miserable! exclamó Roman lívido de cólera al escuchar las palabras de Isidoro. ¡Miserable! creia yo encontrar en esa alma de lodo un gérmen de virtud, creia yo ser el intermediario entre Jesucristo y un hombre infame, obteniendo el olvido de un crimen por una reparacion; pero veo que me he engañado y que en la aristocracia de este país, no hay mas que cieno, prostitucion.

—¡Silencio! interrumpió Isidoro rugiendo de furor, no prosiga vd. hablando sin darme satisfaccion de los ultrajes que me ha hecho. ¿Sabe vd. lo que es el honor de un caballero?

—¡Honor! ¡y se atreve vd. á hablar de honor, vd., jóven prostituido, que en este momento está acumulando infamia sobre infamia, vd. que está pisoteando las creencias mas santas y los sentimientos mas puros, con una sospecha vil y mezquina?.... Sí, yo daré esa satisfaccion que se me pide, muy pronto, porque tambien soy un caballero, y como tal he recibido una ofensa muy grave en esta casa.

Isidoro lanzó á Roman una mirada llena de indignacion y preñada de rencor.

—Dice vd. que yo me quiero valer de esa niña como una prueba, continuó el médico con dulzura, si tal intentase, ¿no po-

dria yo amenazar á vd. y venderle mi silencio diciéndole:—Joven, yo me he interesado por la existencia de Amparo, la he visto sufrir con un dolor eterno, sin tregua, al verse separada de su hija, he comprendido que muerta su madrastra, vd. es la única persona poseedora del secreto de la existencia de esa niña; para obtener ese secreto que es la vida de una madre, le he seguido algunos dias, he sabido que ama vd. y está próximo á unirse á una hermosa y rica jóven y que puedo decirle á ella y á sus padres: “Isidoro, el jóven que vais á adoptar por esposo y por hijo, ha cometido el crimen de marchitar la flor de la pureza de una jóven casta como una vírgen.”

—No lo creerian.

—Yo procuraria que lo creyesen, y vd. simplemente, por evitar una sospecha, compraria mi secreto.

Isidoro lanzó una mirada no menos rencorosa que la primera al jóven médico y reflexionó un momento.

—Comprendo perfectamente, dijo al cabo de un rato, vd. no es un aventurero; pero está enamorado de esa jóven y quiere hacerla feliz y ganar su simpatía volviéndole á su hija.

Roman no respondió y se ruborizó lijamente.

Yo, por otra parte, continuó Isidoro, no tengo interés en conservar esa niña cerca de mí, puesto que ni vive á mi lado, apenas la conozco, y cuando la madrastra de Amparo ha muerto y yo he vuelto de Europa, he recibido una carta suya en la que me informaba del lugar donde la habia dejado para que lo avisase, si alguna vez se presentaba á reclamarla, á Amparo que habia abandonado su casa y á quien no habia vuelto á ver. Dentro de la carta venia incluido una especie de recibo con el cual se podia recojer á la niña en cualquier tiempo. He dado á la casa que la educa, el dinero suficiente para un año de manutencion, y no he vuelto á pensar mas en el asunto.

—¿Y ese recibo, ese recibo? preguntó anhelante Roman.

—Ese recibo se lo voy á entregar á vd. ahora mismo, ya que estoy convencido que va á hacer llegar la niña á las manos de Amparo, de lo cual me alegro, lo confieso, ahora que vd. me ha jurado que Amparo es tan virtuosa como lo era en otro tiempo y que no se va á valer de ella como un instrumento.

—¡Oh! ¡gracias! ¡mil gracias! caballero, una sospecha vil lo hacia á vd. ser injusto, exclamó Roman; pero la verdad y el convencimiento lo hacen bueno. Acaba vd. con esta accion de reparar esa falta de su juventud.

Isidoro se dirigió á su bufete, abrió con una llave que guardaba en un bolsillo con algun cuidado, un pequeño cajon, y despues de buscar entre algunos papeles, tomó uno que puso en las manos del médico.

Este lo abrió violentamente, recorrió su contenido y lo guardó cuidadosamente en su bolsillo, pintada en su rostro una dulce satisfaccion.

—Jóven, dijo estrechando la mano de Isidoro, ha hecho vd. la felicidad de su hija y de una madre, nunca se arrepentirá de ello y vd. es mas honrado y mas bueno de lo que yo creia.

Isidoro estrechó á su vez la mano de Roman. Ambos jóvenes hubieran llegado á ser amigos á pesar de que uno era un calavera y el otro honrado; pero el espantajo del honor se habia interpuesto de antemano entre ellos.

—¿Y la satisfaccion de ese ultraje? preguntó al cabo de un momento Isidoro.

—¿La pide vd. todavia? dijo Roman con triste desaliento.

—¿Puede dejarse estrujar un caballero sin exigir una satisfaccion?

—Es verdad, nosotros debemos batirnos.

—Acaso despues de ese duelo, y si es posible, seremos amigos.....

¡Triste y desconsoladora filosofía de los duelos, por un capricho, por un asunto de honor social pésimamente interpretado, os batís sin ganas, sin que os creais ofendido, con temor y repugnancia muchas veces, hasta con vuestro mejor amigo por llenar una exigencia de la sociedad, porque no os llamen cobarde, á pesar de que vuestro contrario tiene tanto temor como vos en ese horrible asesinato pensado y á sangre fria que se llama duelo. Por la parodia del honor, por una palabra, por un insulto, os batís con un hombre á quien no teneis motivos para aborrecer hasta el extremo de matarle, y sin embargo, muchas veces tran-

sigis con el honor en otras cosas en que con menos razon debierais transigir.

—Jóven, dijo Roman, yo suplico á vd. que se difera este duelo para mañana á las cuatro, porque antes de batirme tengo que arreglar algunos asuntos concernientes á esa pobre niña.

—Está bien, tenga vd. la bondad de enviar á su padrino para que se arregle con el mio en esta casa, mañana á las ocho, respondió Isidoro.

—Vendrá á esa hora. Hasta mañana, caballero.

—Hasta mañana.

Roman salió de aquella casa delirante y medio loco.

Tanta emocion habia fatigado su alma con un ardor febril. En efecto, habia recobrado aquella niña, iba á volver su hija á una madre y á hacerla feliz. Trabajaba por la dicha de Amparo sin que ésta lo supiese, habia comprado la vida de su hija á costa de la suya tal vez. Atravesó distraido y sin saber lo que por él pasaba, las calles de Santa Clara y San Andrés. Al llegar á la Alameda se detuvo, se sentó en la aislada glorieta que está frente á la Iglesia de San Juan de Dios y quitándose el sombrero para refrescar su frente calenturienta, se puso á meditar.

El jóven, distraido hasta entonces su pensamiento con la ciencia, esa amante de los desgraciados, no habia dejado germinar en su alma otros sentimientos que los del amor á la humanidad y la gloria; pero ahora una imágen se habia retratado en el cristal de aquella alma noble, un sentimiento profundo, eterno, dominador, le avasallaba y sus lábios á cada instante murmuraban un nombre, el nombre de la dulce imágen estampada en su corazon hacia algunos meses. ¡Amparo! ¡Amparo! ¡Amparo!

¿Y llegaría á amarle con el mismo fuego con que él la amaba, aquella pobre jóven víctima de la sociedad, tan jóven y tan desdichada?

¿Se podria llamar amor aquella dulce confianza con que lo trataba, aquel rubor que encendia su hermoso rostro al verla, aquellas reservadas confianzas que solo para él tenia? Roman en su modestia no podia adivinarlo. Lo único que él sabia, era

que la amaba con todo su corazon hasta el delirio, que habria sido muy feliz viviendo á su lado y que ahora iba á dar gustoso, tal vez su existencia por verla feliz. El jóven recobró su calma, volvió á leer el papel que habia recibido de Isidoro y echó á andar lentamente y como reflexionando. Atravesó la plazuela de San Juan de Dios y los callejones que la continúan hácia la derecha hasta llegar al sombrío edificio de las Hermanas de la Caridad. Entró en la porteria y preguntó por la superiora. Esta lo hizo penetrar en el locutorio. El jóven le presentó el papel. La hermana, despues de haberlo recorrido, se disponia á salir, cuando Roman le dijo:

—¿Está aquí la niña?

—Si señor, y voy á hacerla venir..... pero ¿va vd. á llevarla ahora mismo?

—No señora, si vd. me lo permite, solo la veré, para volver mañana temprano por ella.

—¿Es vd. su padre?

—Sí señora, respondió Roman despues de un momento de vacilacion.

La religiosa fué á llamar á la niña.

Una sombra de remordimiento habia hecho á la madrastra de Amparo, durante su última enfermedad y en los dias en que se hallaba próxima á morir, arrancar á la niña de las manos de las sórdidas personas que la criaban, para enviarla á una casa de santidad. Habia escrito una carta, como ya sabemos, á Isidoro, incluyendo en ella el papel con que en cualquier tiempo podría reclamarla Amparo, cuyo paradero ignoraba. Isidoro, por otra parte, habia entregado la corta pension que la superiora, por medio de una mujer, le habia pedido.

Roman volvió en sí de la meditacion en que se habia sumergido, por el acento de una voz infantil que decia:

—Mi papá, ¿es verdad? ¿dónde está mi papá?

El jóven se volvió y contempló á una niña de tres años á quien la religiosa conducia de la mano.

Era una niña hermosa como un querubin, con unos ojos de azul oscuro, con una frente blanquísima y tersa coronada por cabellos rubios que caian sobre sus hombros formando rizos, con

una boquita encendida y pequeña. Se asemejaba mucho á Amparo en la dulce y triste expresion de la fisonomía y en la finura y pureza de la tez.

—¿Este señor que está ahí sentado es mi papá? continuó la niña.

—Sí, alma mia, yo soy tu papá, dijo Roman tomándola entre sus brazos y dándole un beso en la frente.

La niña empezó á acariciar con sus manecitas el pálido rostro del jóven. Este notó con espanto al través de aquella fisonomía infantil, pero un poco enflaquecida, las señales del veneno de una enfermedad.

—¿Está enferma ahora la niña? preguntó con interés á la religiosa.

—Sí señor, desde el dia que ha venido aquí.

Roman se estremeció.

—Pobre niña, murmuró volviéndola á besar, ¡hija de la desdicha! ¡flor brotada en un páramo! ¡poco, muy poco vas á alhagar con tus perfumes el alma de tu infeliz madre!

—¿Es cierto que yo voy á irme contigo? preguntó la niña.

—Sí, hija mia, mañana volveré por tí, dijo Roman.

Cuando el jóven salió de allí, ya la tarde comenzaba á caer.

Se dirigió atravesando la ciudad hasta su aposento, donde llegó cuando la noche habia cerrado completamente.

Gabriel se encontraba ya en su aposento, el médico le hizo venir y estuvo hablando con él cerca de media hora. Despues se encerró en su cuarto sin visitar á Amparo, como hacia algun tiempo lo acostumbraba; hizo venir asimismo á la señora Paula con quien habló largo tiempo; se paseó agitadamente durante algun tiempo, y pasó el resto de la noche arreglando algunos papeles y escribiendo una carta.

Estaba dirigida á Amparo. Quiso dormir un momento cerca del amanecer; pero no pudo conseguirlo. Muy de mañana estando á la puerta de su aposento, oyó á Amparo salir á la primera misa. El jóven sintió impulsos de hablarle, de referirle lo que habia sucedido la tarde anterior, el encuentro de la niña; pero conoció que una noticia tan brusca, podria causarle un acci-

dente y se limitó á verla medio oculto por la puerta lanzando un suspiro. Cerca de las nueve entró Gabriel en su cuarto.

—¿Qué ha habido? le preguntó Roman.

—Nada, por más que he hecho no he podido obtener un arreglo, á pesar de que vd. tambien me lo habia prohibido, el padrino de ese jóven es un amigo suyo que se llama Enrique, hemos hablado mucho tiempo; pero él parecia inflexible y yo no he querido que fuese á creer iba yo á darle una baja satisfaccion. El duelo se verificará esta tarde á las cinco en un lugar solitario que llaman "Lomas de Santa Fé," con pistolas, una de las cuales se cargará solamente, quedando la otra sin carga para que la suerte designe á la víctima.

—¿A qué distancia tiraremos?

—A treinta pasos.

—Está bien, ¡gracias! Gabriel, es vd. el único amigo que tengo en el mundo, y voy á hacerle como tal otro encargo.

—Roman, triste es el motivo porque sirvo á vd. ahora; pero le amo y espero con confianza en Dios, que no será esta la última vez.

—Lo creo, jóven, lo creo y de otra manera no le haria el encargo que voy á hacerle. Si por una desgracia, que no seria sin embargo estraña, muriese yo en este duelo, entregaré vd. esta carta á Amparo y seguirá las instrucciones que en ese papel se contienen, dijo Roman señalando dos cartas cerradas que estaban sobre la mesa. No tengo que recomendarle la discrecion en este asunto. Que nadie comprenda el asunto que tratamos

—Esté vd. tranquilo, Roman. ¿A qué hora partiremos?

—A las tres.

—Hasta luego.

—Adios.

Y los dos jóvenes se dieron uno de esos apretones de manos, que en las circunstancias tristes de la vida, son mil veces mas elocuentes que los mas arrebatados discursos. Roman se dirigió al centro de la ciudad, y despues de haber oído una misa en la Catedral con la devocion de un niño, tomó un coche en la Plaza de Armas, diciéndo al conductor:

—A las hermanas de la caridad.

El coche siguió la direccion de las calles de Santo Domingo, Donceles, la Canoa, la Estampa de San Andrés, y se detuvo en el convento.

Roman entró á la porteria é hizo avisar á la religiosa. Diez minutos despues se presentó ésta trayendo de la mano á la niña, á quien desde ahora llamaremos con su nombre de bautismo que era el de María. Al ver ésta al jóven, corrió hácia él esclamando:

—Papá, papá, ¿vienes ya por mí para que vayamos á ver á mi mamá?

—Sí, hija mia, dijo el médico conmovido.

La religiosa puso en manos de Roman un bolsillo diciéndole:

—Devuelvo á vd. este dinero, porque como se ha pagado un año de pension últimamente y la niña solo ha estado aquí siete meses, sobra por consiguiente el importe de cinco.

—Guarde vd. ese dinero, señora, respondió el jóven; acaso algun dia lo necesite vd. para una niña tan desgraciada como ésta. Y despues de haberse despedido de la religiosa dándole las gracias, tomó á la niña entre sus brazos y montó en el coche diciendo al conductor:

—A San Salvador el Verde.

—Mi mamá, ¿es cierto que vamos á verla, papá? exclamó María.

—Sí, hija mia, pero ¿cómo sabes tú que tienes mamá? preguntó Roman.

—¡Oh! muy bien, porque yo sé que todas las niñas tienen mamá y la señora con quien estaba yo antes de venir á esta casa, me lo dijo.

—¿Qué te decia?

—Me decia, que yo tenia mi mamá; pero que nunca la habia de ver, y cuando le preguntaba yo, me pegaba y me hacia llorar.

—¿Y nadie te iba á ver?

—Sí, una señora.

—¿Y qué te decia?

—Nada; pero me pegaba tambien.

—Pues ahora, ya nadie te castigará, porque dentro de dos dias vas á ver á tu mamá.

Roman la víspera habia hablado largo tiempo con la señora Paula; le habia referido la historia de Amparo porque lo creyó necesario, y la buena mujer se habia conmovido hasta las lágrimas.

Ambos habian convenido en ocultar en su aposento á la niña María por dos ó tres dias solamente, á fin de ir preparando poco á poco á Amparo, y no darle bruscamente un placer que podria ser de muy funestas consecuencias para una organizacion tan nerviosa como la suya.

Esto era muy fácil, puesto que Amparo visitaba á la señora Paula una vez á la semana y la víspera precisamente habia tenido lugar esa visita. Cuando la señora Paula oyó parar el coche, bajó precipitadamente á la puerta.

—¿No está por ahí? preguntó Roman.

—No ha salido en toda la mañana de su cuarto, respondió aquella.

Roman, despues de haber despedido al cochero, tomó á la niña entre sus brazos y subiendo la escalera, entró con ella en el aposento de la señora Paula.

—¿Es esta señora mi mamá? preguntaba la niña al ver que Guadalupe la llenaba de besos y caricias.

—No, no es, respondió Roman; y solo la verás y te quedarás con nosotros, si me prometes no hacer ruido hoy y estarte aquí jugando con esta niña.

María, con esa dulce ignorancia de los niños, no comprendió lo que se le decia, y se puso á ver á Guadalupe sonriéndose con ella. La señora Paula, segun las instrucciones de Roman, habia comprado una camita para María y algunas telas para vestidos. Sin embargo, ignoraba el desafio de en la tarde. Roman sintió impulsos antes de partir para aquel duelo, del que quizá no volveria jamas, ver por la última vez á Amparo, escuchar su dulce acento; pero temió cometer una indiscrecion y apoyando sus manos sobre su pecho para apagar los latidos de su corazon, se fué á buscar á Gabriel.

En cuanto á Isidoro, habia salido del lecho á las nueve de la mañana, despues de saber por su amigo Enrique los pormenores y arreglos del duelo, mandó ensillar su caballo, se dirigió al

Tívoli de San Cosme donde almorzó perfectamente, fué al tiro de pistola de las Delicias, donde estuvo ejercitándose en colocar algunas balas en el anillo del centro de la placa, luego se lanzó á galope por la romanesca calzada de la Piedad, volvió á su casa, donde se vistió con un esmero y elegancia con que lo haría para un baile, estuvo una hora en casa de la divina Eulalia platicando y tocando el piano, y por último, se fué á buscar á Enrique, con su indiferencia habitual, cantando entre dientes una cancion báquica.

## XI.

### EL DUELO.

A las tres, Roman y Gabriel montaron en un coche en la gran Plaza de Armas. El cochero recibió la orden de conducirlos á Tacubaya. Como se había convenido entre Enrique y Gabriel, Isidoro debía llevar las pistolas, una de las cuales se debía cargar solamente. Roman se reclinó en el fondo del carruaje y con la cabeza oculta entre las manos, se dejó avasallar por la influencia de una triste meditación. Todo su pasado se presentó con vivos colores á su imaginacion calenturienta y presa de mil contrarias impresiones. Pensó en su infancia tan serena, pasada al lado de su madre en un hermoso pueblecito de la costa veracruzana, en su bella hermana, ¡pobre ángel, cuyo porvenir no fué de este mundo y que voló á esperar en otro mas verdadero á su madre! en aquellos alegres paseos en lancha por la azul superficie del mar, en sus escursiones por tierra á Veracruz, en su triste despedida el dia que tuvo que partir para Europa, en sus diez años de estudio, de meditación, de práctica en los hospitales de Paris, en sus viajes por la Alemania y la Italia, en su dolor al volver á México y hállarse sin un pariente,